



SEVILLA ¿CIUDAD BARROCA?

LIQUIDACIONES POR DERRIBO

SON tres escaparates cerrados. Tras los cristales, unas cortinas que parecen reposteros y que antes se echarían para que el sol no estropeara los géneros; unos géneros, por cierto, que a los que echamos la mucla del juicio el día que murió Marilyn nos sorprenden ahora: «bastones, paraguas, látigos, fustas y faroles para carruajes».

Es uno de tantos negocios sevillanos cerrados por derribo, el Bazar Sevillano, que está en la calle Tetuán, en el mismo edificio del teatro San Fernando. Para los sevillanos de esta generación, el San Fernando simboliza las tardes de los domingos de los años cuarenta, cuando nos llevaban allí a ver las «Galas Juveniles», en las que precoces estrellas de la canción andaluza (que si Lolita Sevilla, que si Marujita Díaz) hacían números cupleteros de Rivas y Gardey, y después, a la salida, nos tapa-

ban la boca con todas las maternales bufandas del mundo para que no cogiéramos la tos ferina. Allí, en aquellos escaparates ahora cerrados con tan insólitas cortinas a modo de reposteros, estaban los trenes eléctricos que nosotros nunca pudimos tener, predestinados como estaban para los hijos de los estraperlistas en el clasismo de los juguetes de los años cuarenta.

El teatro San Fernando de esta Sevilla que juega al desarrollo lo van a tirar; se llevarán por delante el Bazar Sevillano, paraíso un día de fustas y látigos casi a lo Chumy-Chúmez para una sociedad señorial, edén más tarde de trencitos eléctricos de lujo para el río revuelto de la posguerra. El San Fernando —ahora lo ha recordado Víctor Pérez Escolano, el Oriol Bohigas de la contracultura sevillana— se inauguró en 1847, por descontento que con una ópera de Verdi. Proyectado por un in-

geniero llamado Steinacher, creen que no tiene valor alguno. Pero si es de ayer mañana, estoy seguro que diría don Santiago Montoto, el patriarca de la historia local, para quien todo lo que se haya producido después de la Sevilla del Imperio apenas tiene por qué contar. El San Fernando es de ayer mañana, como el puente de Isabel II, que proyectara el mismo ingeniero y al que le hicieron la prueba de resistencia pasando no sé cuántas baterías a paso de carga.

Si sólo quisieran derribar el San Fernando, la cosa apenas tendría interés. Pero son muchas las cosas que se quieren derribar en Sevilla. Eso sí: si el edificio sentenciado encaja en la imperante estética barroca, los gritos llegan al cielo. Que nadie le ponga la mano encima a un palacio de mármol, albahacas, caballerizas y oscuras alcobas para la corte de criados; que nadie se atreva con el com-

pás de un convento. Pero si la piqueta se lleva por delante un edificio modernista, la obra, de un epigono andaluz —que los hay— del GATEPAC, adelante con los faroles. Total, si es de ayer mañana...

Otro ejemplo, también con juguetería posbélica de por medio. Los niños de la pequeña burguesía sevillana, en los días del que se ha dado en llamar cerco internacional, nos extasiábamos —al igual que en el Bazar Sevillano— en los escaparates de La Importadora, otro bazar, que estaba en La Campana. Con el tiempo, quizá para vengar los juguetes que allí no pudieron comprarnos unos padres con el agua al cuello por las restricciones y las cartillas de racionamiento, cerraron La Importadora y pusieron en aquellos bajos una sucursal bancaria, como marca la tabla. Ahora sabemos que aquellos bajos de Mariquitas Pérez, con vestuarios completos

ANTONIO BURGOS

para hijas de jerifaltes de la situación, fueron, antes de que nosotros naciéramos en la gloria de una guerra recién terminada, el paraíso del Café París. Pues bien: ese edificio del Café París, de La Importadora, del más reciente Banco, también lo van a tirar. Es —¡gorros fuera, señores de las academias!— de Aníbal González, el mítico, el típico, el representativísimo arquitecto sevillano; del que llenó de azulejos y ladrillería la plaza de España, de neo-renacentismos la plaza de América, de revivalismos y regionalismos pintureros toda la Exposición Iberoamericana de 1929.

¿Y cómo es que van a derribar en esta Sevilla barroca un edificio de González, en plena Campana, y nadie pone el grito en el cielo, si ha dicho usted antes que cuando se toca la albahaca y el jazmín...? Mi querido amigo: no está usted en las claves de Sevilla. Este edificio es, efectivamente, de González. Pero de un González que acababa de sacar el título por la Escuela de Arquitectura de Madrid en 1902 y que al principio se incorporó con todo furor a la segunda división (otros dicen que a la regional preferente) del modernismo. De 1905 a 1906, Aníbal González le dio a Sevilla cuatro sustos en forma de edificios modernistas: este del Café París, en una esquina de La Campana; otro en la calle Alfonso XII; otro por allí cerca, en la calle Almirante Ulloa; otro, en fin, en la plaza de San Agustín, por las rondas. González, antes de ponerse revivalista, traía la técnica frente al empirismo. Un buen día mandó al antiguo régimen constructivo local (representado por un maestro de obras de Lora del Río que acababa de entrar a su servicio, supongo que bien recomendado) a que le midiera un solar en la calle Galera. Y él trajo al rato las medidas. Que eran, textualmente, éstas:

—Pues mire usted, don Aníbal; aquello mide la tiranté, la plomá, la regla larga y cuatro déos...

El sistema, sin embargo, acabó asimilándolo. Aparte de suprimir el empirismo de la tiranté, la plomá y la regla larga, poco más pudo hacer, ganado por el establecimiento de la sociedad local, que quería que le hicieran puñetitas de azulejos y ladrillerías y se dejaran de modernismos y otros pecados que se cometían de Despeñaperros para arriba. Y así, de un González que hacía arquitectura modernista en la Sevilla coetánea a los más míticos y alienadores estrenos de los Quintero («El genio alegre», 1906; «Amores y amoríos», 1908), pasamos a otro que proyecta las tartas neo-renacentistas que saldrán desde en-

tonces al fondo de todas las fotos familiares con palomas en la plaza de América del acreditado parque de María Luisa.

Porque Sevilla sólo respeta lo que han alentado sus oligarquías. Es un universo de comisarios regios y embajadores de las naciones hijas-hermanas-primas-hermanas del otro lado del mar que largaban discursos aburridísimos sobre la madre Patria, el revivalismo regionalista de la Exposición de 1929 (azulejitos, macetitas, rejitas, ladrillitos) pasa oficialmente por «arquitectura sevillana», en olvido del maestro loreño de la tiranté y la plomá que construía módulos casi cubusianos, lienzos de paredes encajadas a la medida del hombre, para el calor de la siesta, como esos paisajes urbanos que cazan ahora a lazo los fotógrafos del Ministerio para los carteles de turismo.

No es raro que cuando vino por aquí, por Sevilla, hace unas semanas, Luis Carandell se encontrara con una ciudad barroca. Aquí lo que no es barroco se derriba implacablemente, porque es de ayer mañana, claro. Lo que es barroco, en cambio, se respeta, se aísla en un fa-

nal; aunque se haya producido no ya ayer mañana, sino hace tres minutos. Un caso ejemplar puede ser el «affaire» del Coliseo España, edificio de la avenida que ha sido comprado por un Banco con vistas a su demolición y la construcción de una central de nueva planta. El Coliseo España es el resultado del predicamento local de la «arquitectura sevillana» inventada por González con la ayuda periodística de Guichot. Proyectado por José y Aurelio Gómez Millán, este teatro ahora sentenciado se construye en los primeros años treinta y es la síntesis del espíritu de la Exposición, época que la mayor parte de los sevillanos que hicieron la guerra recuerdan como la más feliz de su vida, por la sencilla razón de que en 1929 estaban con la edad en la boca y se echaron una novia en la calle Feria, con la que subieron al tren en miniatura, y se tomaron —gratis— una taza de sopicaldo en el pabellón de Maggi y otra de café-por-la-gloria-de-mi-madre en el del Brasil.

Cuando se empezó a hablar de que iban a tirar el Coliseo, la protesta fue unánime. El al-

calde, haciéndose eco del estado de opinión que reinaba en la ciudad, llegó a decir, chispa más o menos:

—Si derriban el Coliseo, me voy de alcalde. O el Coliseo, o yo.

La casuística de la liquidación por derribo de cuanto no sea barroco podría extenderse a gusto del consumidor. Ahora, por ejemplo, la han tomado con la estación de la plaza de Armas, vulgo de Córdoba, un edificio de calidad, en la corriente iniciada por Rodríguez Ayuso, que hizo que todas las plazas de toros españolas parecieran estaciones, y todas las estaciones, plazas de toros. La estación de la plaza de Armas se empezó a construir sobre cánones neo-mudéjares en 1898, sobre proyecto del ingeniero portugués José Santos Silva. Antes de que le llegue la piqueta, el profesor Bonet Correa ha escrito para escándalo de barroquizantes: «Cuando en el mundo se presta atención a la arquitectura de la Edad Industrial que ya constituye historia, la ciudad de Sevilla se presta a destruir una obra que debiera estar cuidada y clasificada como una de las más características de un determinado momento de su legado monumental. La estación de Córdoba, integrada hoy en la imagen de la ciudad, debe ser respetada como testimonio de un pasado todavía reciente; pero ya con títulos que sobrepasan lo local».

Pérez Escolano, para empezar a curarnos en salud, ha realizado desde el Museo de Arte Contemporáneo un censo de los edificios y objetos modernistas que existen en Sevilla. Pero temo que el trabajo de concienciación histórica vaya más lento que el de los *derribistas*, una nueva profesión surgida en la ciudad sin el amparo de Escuela Oficial alguna, simplemente con las declaraciones de casas en ruina firmadas cada martes en la Permanente Municipal. Cuando el censo de Pérez Escolano haya caído en la conciencia de la ciudad, las sentencias capitales estarán ya ejecutadas (a ver si me equivoco). Por eso es hora también de ir haciendo balance de los edificios racionalistas, también de *ayer mañana*, que serán los inmediatos en ser apuntados a reconocimiento por los especuladores de suelo urbano céntrico.

No sé si ahora que se habla tanto del GATEPAC y del GATCEPAC alguien que no sea estudioso de la arquitectura sabe que en Sevilla hay una obra de Josep Lluís Sert: la casa Duclós, en la calle Cea Bermúdez, del barrio de Nervión. Aunque este extremo no lo he podido confirmar, tengo entendido que Sert le hizo al doctor Duclós el proyecto de esta casa como regalo



Cortinas-reposteros del Bazar Sevillano, en los bajos del teatro San Fernando.



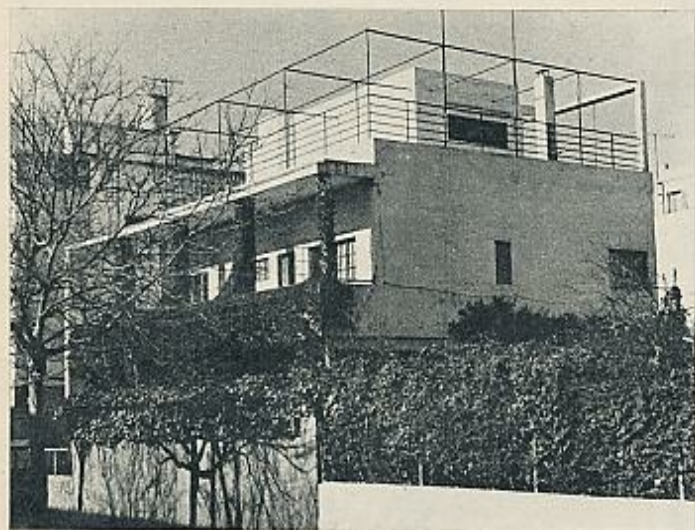
*No
hemos inventado
la escritura
pero hemos
ofrecido al mundo
la mejor
pluma*



SHEAFFER

Distribuido por:
FLAMAGAS S.A.

SEVILLA



La casa Duclós, obra de Josep Lluís Sert, en el barrio de Nervión.

de bodas. Naturalmente que en aquella colonia de chalets «sevillanos» a la casa Duclós se le llama «el barco», y cuando a unos estudiantes de Arquitectura les dio por estudiar el edificio, cuando pedían permiso en las casas colindantes para entrar y hacer fotos de la obra de Sert desde las azoteas de los alrededores, los vecinos decían indeciblemente:

—Cuidado que hacer una foto al barco, con lo feo que es... ¿Por qué no retrata usted mejor mi patio, con lo bonito que está? ¡Mire qué azulejos!

La casa Duclós es una golondrina que no hace verano; no porque se levantara en Nervión el GATEPAC presenta un amplio catálogo en Sevilla. Razón de más. Es una obra primeriza de Sert (1930), anterior incluso a la formación del GATEPAC (1931). Sert, por otra parte, apenas vendría a Sevilla sino a hacer alguna visita a las obras. Pero el racionalismo prendió de alguna forma, mientras los Gómez Millán levantaban su Coliseo, ahora tan celosamente defendido a capa y espada y amenaza de dimisión de la piqueta. De 1934 es el edificio Lastrucci, de la calle Alvarez Quintero, obra de A. Delgado Roig, obra inconfundible de cemento visto y persianas, en la línea de la *estética del barco*. El mercado de la Puerta de la Carne (1934), de Ramón Balbuena Huertas; el edificio de Camas Fuertes, en la ronda; el edificio Benito Delgado (1941), de José Galnares, precisamente frente por frente al Coliseo España, son, en fin, otras muestras racionalistas que señalan que no todo el monte es orégano barroco en Sevilla.

Algún día le tocará también la piqueta, si siguen las cosas así, al «Cabo Persianas». No, el

«Cabo Persianas» no es ningún héroe, como Noval. Es otro edificio racionalista, para mí que el más representativo de todos los que hay en la ciudad, que está en la plaza de la Magdalena. En la estética del barco, el ingenio sevillano pronto le sacó punta a aquella casa extraña que se estaba construyendo. En un chiste fácil y en una época en que el lujo naviero estaba representado por los transatlánticos de la sevillana casa Ybarra («Cabo de Hornos») y «Cabo de Buena Esperanza»), al edificio se le puso mote de buque ridiculizando sus persianas mecánicas en una tierra que cubría los balcones del sol con esterones de la Alfalfa. El «Cabo Persianas» se levanta en 1938; en el programa original —signo de los tiempos— figura un «sótano refugio». En la Sevilla nacional se hace, paradójicamente, un tipo de arquitectura que a muchos recordaría el edificio Carrión-Capitol, que desde las tapias de la Casa de Campo verían los sevillanos que iban en las columnas de Varela.

Algún día le tocará la piqueta a cualquiera de estos edificios de ayer mañana. El silencio seguirá siendo perfecto. De esta forma, la ciudad continuará legando una imagen barroca, ya que todo lo que no responde a este esquema se rechaza, como la parábola jesuítica para uso de congregantes de la manzana podrida en el cesto. Alguien ha apuntado hace poco que igual que aquellos censos de los años triunfales de «edificios saqueados y destruidos por los marxistas», habrá algún día que hacer balance de lo que la alegre locura barroca del desarrollismo se ha llevado en Sevilla por delante. ■ A. B. Fotos: ARCHIVO, RAFAEL CUBILES y gentileza de VICTOR PEREZ ESCOLANO.

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V.



...Y ÉL ME DIJO: SERRATELL, YA ES HORA QUE USTED SE PASE A LAS FILAS DE LA IZQUIERDA LEAL...



ME DEJÓ PASMADO, PALMIRA. PASMADO. LO QUE SE DICE PASMADO...



...Y NO HUBO MANERA, CREÉME, NO HUBO MANERA DE CONVENCERLE. YESO QUE YO SE LO DECÍA UNA Y OTRA VEZ....



¿QUÉ FALTA HACE QUE ME PASE A LA IZQUIERDA LEAL SI SIEMPRE HE PERTENECIDO A LA DERECHA LEAL?

Nuria Pompeia